



De la Guerra Intestina en la República Española

EL PERIODISTA FEDERICO ANGULO SE TRANSFORMA EN EL GENERAL "CALACA"

Con las Milicias Obreras, por FEDERICO FELIU

En las últimas horas de la noche del sábado 19, la escalera que conduce a la redacción de "El Socialista", era un río de ciudadanos que iban a ofrecer sus servicios para la pelea.

Queremos armas y un puesto en la lucha!—pedían.

De recibir a los visitantes se encargaba el redactor político del colega de la mañana, Federico Angulo, quien, harto ya de decir: Aquí no tenemos armas!. Dirigirse al círculo Tal ó a la Casa del Pueblo" se transformó en "jefe de grupo" y alistó hasta un centenar de visitantes, con los que construyó una compañía.

Con audacia de reportero, Angulo revolvió los ministerios, hasta conseguir un centenar de fusiles para sus milicianos, a los cuales arengó con tanto entusiasmo, que uno de los voluntarios, madrileño de Levapiés y chofer de oficio, exclamó enardecido:

—Así se habla "Calaca"... Vamos por ellos!...

Lo de "Calaca" cayó bien, y el director del periódico se despidió de Angulo diciéndole:

—Salud, "General Calaca".

Trabajaron con denuedo las fuerzas de Angulo. Pararon coches, cachearon sospechosos, transmitieron órdenes.

Y cuando alguno de los detenidos para identificarlos, rogaban a los "Calacas" que desviasen las bocas de los fusiles, Angulo sonreía irónico:

Si supierais que todavía no tenemos ni un cartucho....

Y sin ellos pasaron más de veinticuatro horas, sin que este insignificante detalle les impidiese cumplir su deber.

"Han herido al General", Adelante "Calacas".

Por fin, en la madrugada del miércoles fueron movilizados los milicianos de Angulo a quienes llevaron a

combatir contra los insurgentes de Somosierra.

Y se portaron como leones.

—Si los hubieras visto, muchacho...—me contaba Angulo en el Hospital de la Princesa, adonde le llevaron herido de dos balazos. Eran unos leones... Los facciosos tiraban a cazarlos. Pero nosotros íbamos por ellos. El grito de "Adelante los Calacas" rebotaba alegre en los cascotes de la Sierra.

—¿Cuándo te dieron?

—Me persigue la mala sombra.

Cuando ya se había ababado todo, con nuestra victoria, los rebeldes se rehicieron y empezaron a paquearnos. Mandé contratacar, y cuando enfilábamos la cuesta que hay cerca de Somosierra, una bala me atravesó la mano derecha y otra, el brazo del mismo lado.

—¿Y qué hiciste?

—Morderme los labios para contener un grito y arengar a los míos con nuestro grito de guerra: "Adelante los Calacas". Dos horas después me recogieron. Los hemos hecho correr. Ya no queda ni uno—me dijeron—. Y satisfecho de haber cumplido mi deber, me quejé por primera vez: Llevadme al hospital, estoy herido.

Mientras estallan las Granadas.

Ocurrió en la madrugada del domingo 19. En dos coches del servicio de aviación, cuatro milicianos, armados con sus correspondientes fusiles, escoltaban a los portadores de las proclamas que los aviones habían de dejar caer sobre los sublevados.

—Cómo está la gente:—comentaba uno de los de la escolta, al ver que toda la carretera estaba cubierta de milicias obreras, que no dejaban transitar a nadie sin identificar la personalidad. Es emocionante!

Amanecía cuando dieron vista al aereodromo de Getafe, y cuando fal-

taban apenas doscientos metros para llegar a los barrancones, desde el cuartel de artillería comenzaron a atacar el aereodromo con fuego de ametralladora y de cañón. Algo verdaderamente terrible hasta para los avezados a la guerra. Los milicianos, se lanzaron a la cuneta a todo correr, empuñando los fusiles que les fueron entregados. Poco después, los bravos soldados de aviación salían a cubrir también la entrada del aereodromo... Silvaban las balas por encima de los leales, en tanto que los cañonazos hacían estremecerse involuntariamente a los bisoños milicianos.

Vimos salir a los aeroplanos de caza y de bombardeo. ¡Qué bravo piloto es el capitán Abertano! Oímos los picados de las ametralladoras y el estampido de las bombas, que en unos minutos—¡qué pocos y qué largos nos parecieron!—redujeron a silencio a los sublevados.

De pronto como un grito de alegría:

—Viva la República, muchachos... El coronel se rinde. Ya le traen prisionero los nuestros.

Dos Hermanos Frente a Frente.

Es uno de los más tristes y emocionantes episodios de la toma del cuartel de la montaña, de Madrid.

Tan emocionante y triste, que vamos a relatarlo con el menor número posible de palabras.

Uno de los oficiales sublevados, afecto a la plana mayor del regimiento, murió a manos de uno de los asaltantes, hermano suyo, estudiante de medicina, quien a su vez, cayó muerto sobre el cadáver de su hermano en la rampa que baja a la calle de Ferraz.

El padre de ambos,—un ilustre abogado de Madrid—recogió los dos cadáveres que hoy yacen bajo la misma losa, con un epitafio carifoso. El pa-

Sigue en la página 38